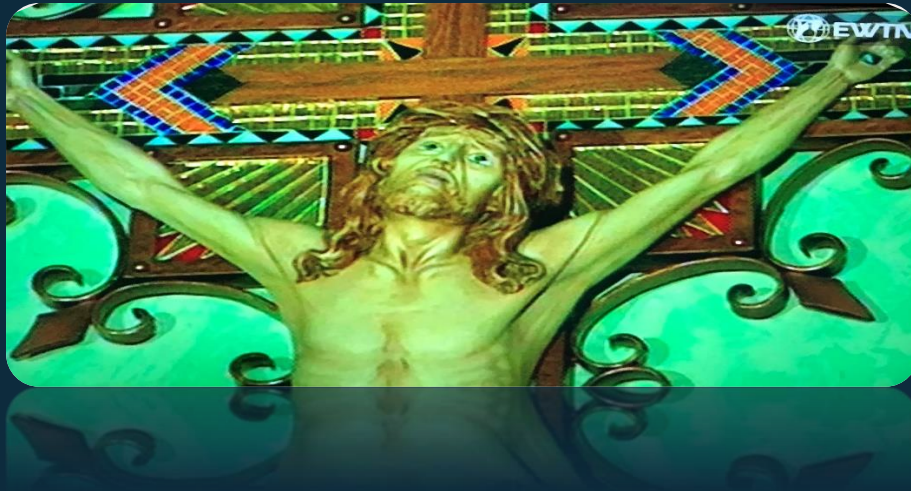


V Domingo de Cuaresma

(21 de marzo de 2021)



Estamos llegando al final de la Cuaresma, ya el próximo domingo comienza la Semana Santa con la celebración del Domingo de Ramos. Las lecturas de hoy quieren que estos días de cuaresma que nos quedan concentremos toda nuestra atención en Jesús nuestro Señor, vencedor del pecado y de la muerte.

Como los griegos que aparecen en el evangelio de hoy, nosotros le pedimos a la Iglesia: **“queremos ver a Jesús”**. Al presentarle este deseo a la Iglesia confiamos en ella, en su guía, en el misterio que ella custodia. La Iglesia con su enseñanza, con sus sacramentos, con los tesoros de gracia que Dios ha depositado en ella a lo largo de más de dos mil años, nos puede mostrar a Jesús haciendo resonar en nosotros la voz del maestro,

transmitiéndonos el don de la gracia de Dios, engendrándonos como hijos de Dios por el poder el Espíritu Santo.

Jesús puesto en alto por su pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos nos recuerda a todos que ya llegó la hora, que vivimos en el tiempo del cumplimiento de las profecías. Vivimos en el tiempo en que Dios se ha dado a conocer a todos, pues a través de su Hijo ha perdonado las culpas de todos y ha olvidado para siempre los pecados de su pueblo (cfr. Jer, 31,31-34). El ruego de cientos de generaciones implorando un corazón puro (Salmo Responsorial) ha sido escuchado: Dios se ha apiadado de nosotros, ha olvidado nuestras ofensas, nos ha lavado de todos nuestros delitos, nos ha purificado de todos nuestros pecados, nos ha dado su Espíritu para cumplir sus mandamientos, nos despierta cada día con la alegría de la salvación. Además de poner su enseñanza en lo más profundo de nuestra mente y grabarla en nuestros corazones (Jer 31,31-34) desea habitar en nuestros corazones (cfr. Jn 14,23). En pocas palabras, Dios con su amor que nos sostiene y nos habita, nos ha hecho dignos de ser amados.

Es verdad que la salvación viene de Dios, es gracia, pero esta gracia que se nos concede solo puede obrar con nuestra cooperación. **Para que el milagro, la gracia y la alegría de ser salvados se haga realidad, y brote en nosotros lo que somos como hijos de Dios, según la Palabra de Dios escuchada, es necesario: (1) morir a nosotros mismos; (2) servir a Jesús; (3) tener conciencia de la fragilidad y abrazarla con la mirada puesta en Dios; (4) y reconocer en Jesús la gloria del hombre y la gloria de Dios.** Me permito decir algo sobre cada uno de estos puntos:

(1) **Morir a nosotros mismos**. Morir a nosotros mismos significa vivir como Cristo, entregados a Dios buscando su rostro en vez de buscarnos a nosotros mismos. Jesús venció la muerte por el abandono en los brazos de su Padre, pues en Dios y solo en Dios tenía todo lo que deseaba; abandonado en Dios todo lo que en un momento le produjo miedo y angustia perdió todo su poder sobre El; solo a Dios le concedió poder sobre su vida. Para nosotros como cristianos negarnos a nosotros mismos es no saber otra cosa sino a Cristo y este crucificado (cfr. 1 Co 2,2), significa fijamos sólo en Cristo que nos precede y seguir sus huellas.

(2) **Servir a Jesús**. Servir a Jesús, significa hacernos discípulos suyos: conociéndolo, poniendo en práctica sus enseñanzas, estando con El, haciendo presente a Dios donde falta el amor como signo de su presencia.

(3) **Tener conciencia de la fragilidad y abrazarla con la mirada puesta en Dios**. La conciencia de la fragilidad de nuestra condición humana produce en nosotros muchos sentimientos. Cuando volvemos la mirada a Dios y nos damos cuenta de que somos obra de sus manos surge una ternura que nos hace capaces de abrazar con paz la fragilidad propia y ajena, soltando lo que tenemos que soltar, al darnos cuenta de que el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo por venir pertenece por entero a Dios quien es nuestro único Señor en Cristo Jesús (1 Co 3,21-23).

(4) **Reconocer en Jesús la gloria del hombre y la gloria de Dios**. Es decir, reconocer que Jesús nos revela a nosotros como humanos nuestra verdadera identidad, nuestras capacidades, nuestras posibilidades. Su persona, su camino, sus opciones, sus enseñanzas nos muestran el camino para vivir nuestra existencia humana en plenitud. Al tiempo que Jesús nos muestra lo que somos como humanos, nos revela el verdadero rostro de Dios tal como estaba ya en las Escrituras Judías, un Dios que lo trasciende todo y al mismo

tiempo lo penetra todo; es decir un Dios que le concede existencia propia a la frágil realidad que somos como criaturas, pero un Dios que no abandona las frágiles criaturas, obra de sus manos, a su suerte. Jesús, Dios y hombre verdadero, es el camino que nos conduce a Dios, la verdad que nos hace libres, la vida que nos colma de alegría (Plegaria Eucarística V/a).

Queridas hermanas y hermanos con los ojos fijos en Jesús abracemos nuestro mundo y nuestra vida con sus circunstancias, con la serena certeza de que Dios sigue haciendo en nosotros maravillas como lo hizo con su humilde sierva María, que es grande por lo que Dios hizo en ella.